

Identidad de la UBA y marcas de la historia en el presente

Mesa de discusión

21 de octubre, 2005

Pablo Buchbinder, Mederico Faivre, Patricio P. Garrahan, Lucas Rubinich

Coordinadores: Pedro Krotsch y Sandra Carli

Pablo Buchbinder: Voy a proponer un recorrido bastante arbitrario de la historia de la UBA, centrándome en el período que va desde finales del siglo XIX hasta el año 1966. Quiero establecer simplemente algunos criterios de periodización, y definir las características centrales de algunas etapas.

Remontándome a los orígenes señalaría que la Universidad de Buenos Aires nació en un momento en el cual en todo el mundo estaba en crisis el modelo de la Universidad escolástica. Sobre este modelo universitario había nacido la otra gran Universidad Nacional, la de Córdoba. Se trataba de la clásica universidad medieval, en este último caso de una institución que nació para formar sacerdotes. Esa tradición escolástica rechaza y descarta una concepción utilitaria del conocimiento en un sentido vulgar. Se trata de un modelo que privilegia un método de enseñanza que reposa en el principio de autoridad, no deja prácticamente espacio para las expresiones en lengua vulgar, margina el estudio de las ciencias naturales y cuestiona el método experimental. Este es el modelo, entonces, sobre el que se conformó en el siglo XVII la Universidad de Córdoba, y ese modelo, en el marco de los procesos de revolución científica, un siglo después está fuertemente cuestionado. En Europa y el mundo hispanoamericano se intenta transformarlo, incluso desde el propio Estado.

Cuando nace la UBA, en 1821, ese modelo de Universidad escolástica está en un proceso de desintegración, que de todas maneras va a ser un proceso muy lento.

Y acá yo creo que hay una cuestión importante. La UBA nace incorporando toda una serie de instituciones, que nosotros muy arbitrariamente podríamos llamar instituciones de enseñanza superior, que

existían en Buenos Aires a fines del siglo XVIII, y principios del XIX. Estas instituciones surgen para satisfacer necesidades muy concretas de la sociedad porteña. Necesidades vinculadas con la vida cotidiana de la ciudad, con esta comunidad de comerciantes y navegantes, y que incluso después deberá satisfacer las necesidades de instrucción de los propios dirigentes militares. Lo que podemos advertir ya en el inicio del proceso de fundación de la Universidad de Buenos Aires es ese sello claramente utilitarista - utilitarista en el sentido vulgar – y después profesionalista, que va a caracterizar al sistema universitario porteño. Ese sello profesionalista la va a diferenciar desde el origen de la Universidad de Córdoba.

Hasta la década de 1870 uno puede advertir esa tensión permanente, entre el intento de sobrevivir de los viejos modelos escolásticos y los esfuerzos por construir una Universidad moderna, atenta a las evoluciones de la ciencia y a los cambios en los perfiles profesionales. En las décadas de 1860 y 70, sobre todo en la etapa en que Juan María Gutiérrez era Rector de la UBA, esa tensión se resolvió a favor de aquellos que propugnaban la construcción de una Universidad moderna. En definitiva, la tensión entre las dos opciones – la Universidad científica o la Universidad profesional – se resolvió a favor del modelo profesionalista.

Poco tiempo después se sancionó la Ley de Avellaneda, que es el primer instrumento legal para regular el funcionamiento de las universidades nacionales. La Ley estableció una serie de parámetros vinculados al funcionamiento y a la organización de la Universidad, pero lo que la Ley de Avellaneda no definió fue el papel que le cabía a la Universidad argentina en esa sociedad que estaba viviendo ese proceso tan intenso de transformación vinculado con el impacto de la inmigración y con la transformación del sistema capitalista internacional.

De todas maneras, en aquella época las dos universidades, la de Córdoba también, iban adquiriendo un perfil similar. ¿Qué eran tanto Córdoba como Buenos Aires? Eran centros de formación profesional. Eran centros dedicados a la instrucción de médicos, de abogados, de ingenieros, y eso definía muy claramente cuál era el perfil de las actividades que se llevaban a cabo en las casas de estudio. En primer lugar, la enseñanza estaba organizada exclusivamente por las Facultades, no había asignaturas comunes a ninguna Facultad, los planes de estudio excluían la enseñanza

de todo aquello que no estuviera vinculado directamente a la formación profesional.

Y aquí hay una cuestión que creo importante tener en cuenta, porque hay toda una serie de disposiciones que son sancionadas a nivel provincial – la Universidad de Buenos Aires fue nacionalizada recién en la década de 1880, hasta entonces estuvo bajo jurisdicción provincial – que otorgan a las instituciones universitarias el derecho exclusivo de expedir los diplomas de aquellas profesiones que requerían una formación académica y científica. En definitiva, la Universidad de Buenos Aires se convierte, junto a la de Córdoba, en una suerte de escuela superior profesional, cuyo objetivo principal consiste en expedir certificados que habilitan para el ejercicio de una determinada profesión. Son oficinas gubernamentales, en realidad, que fijan las condiciones de idoneidad para el ejercicio de una determinada profesión. El Estado, a través de la Universidad, lo que legaliza es el monopolio sobre la formación de un conjunto de profesionales.

Esto va a provocar, desde principios del siglo XX, una relación muy directa entre la institución universitaria y las corporaciones profesionales. Las corporaciones de médicos, de abogados, de ingenieros. Los integrantes de estas corporaciones van a tratar de establecer una serie de vínculos, cada vez más estrechos, con aquellos sectores que gobiernan o controlan las universidades. Porque a través del control de esos mecanismos de gobierno es posible actuar sobre las competencias, sobre las atribuciones, sobre las conductas, sobre la moral, diría, de quienes ejercen aquellas profesiones.

¿Cuál es la contracara de esta orientación profesionalista? La contracara de esta orientación es la escasa gravitación que tiene la Universidad en la vida cultural de la Argentina. La práctica y el ejercicio de las disciplinas humanísticas quedan fuera de los ámbitos académicos formales, en manos de un grupo de autodidactas. La práctica de la Historia o de la Literatura, por ejemplo, queda en manos de grupos de autodidactas.

Cuando a principios de siglo empieza a diseñarse un diagnóstico crítico de la situación universitaria, por parte de la elite que gobierna la Argentina, la crítica al profesionalismo constituye uno de los motivos centrales de la cuestión universitaria. Hay una crítica al profesionalismo, y ese profesionalismo es percibido como el impacto en la enseñanza

universitaria del espíritu excesivamente materialista – también en el sentido vulgar – que impregna a la sociedad argentina. Y ese excesivo materialismo, que se expresa en el profesionalismo, en la Universidad, incide además negativamente en otro tema importante, que es el de la formación de la clase dirigente. La clase dirigente se socializa en la Universidad. Y esta elite va a atribuir el carácter faccioso que tiene la política, la falta de proyectos de reforma institucional, los déficits generales de la política en la Argentina, al carácter excesivamente profesionalista de la Universidad. Si uno mira las tesis de la Facultad de Derecho, las tesis que se defienden son fundamentalmente vinculadas al derecho civil, al derecho comercial, problemas de herencia, etc. Sólo un pequeño número de esas tesis analizan los problemas del derecho administrativo, del derecho constitucional, de la organización federal de la República, o los problemas de la participación política.

Simultáneamente a esta crítica al modelo profesionalista, a finales del siglo XIX aparece una serie de proyectos para transformar el perfil de la Universidad de Buenos Aires. Quizás el episodio más significativo en este sentido es la fundación, en 1896, de la Facultad de Filosofía y Letras, entendida como un elemento de contrapeso del profesionalismo. Y puede advertirse también como algunas facultades empiezan a introducir algunas prácticas, por ejemplo los seminarios, que están vinculados al cultivo de la ciencia. Son vías a través de las cuales se considera posible transformar el perfil de la Universidad. En este mismo marco aparecen las primeras secciones de trabajos científicos.

Estos intentos de revertir el carácter profesionalista de la Universidad de Buenos Aires encuentran resistencias enormes. Nuevamente el caso más interesante acá es Filosofía y Letras, que estuvo a punto de ser cerrada, en más de una oportunidad. Cerrada porque no tenía alumnos. Básicamente el problema que tenía era que no había gente que quisiera estudiar para obtener un título de Doctor en Filosofía y Letras. ¿Qué es lo que le permitió a Filosofía y Letras sobrevivir? Agregar a su condición de lugar para el cultivo de la investigación desinteresada y de la ciencia, un matiz profesionalista, que fue la formación de profesores para la escuela secundaria. Esto fue en definitiva lo que le permitió sobrevivir.

Creo que hay un motivo central de la historia de toda la primera mitad del siglo XX de la UBA, que es la tensión entre los proyectos de transformación del perfil de la Universidad, y la resistencia de ese perfil profesionalista, que es en definitiva el resultado de la demanda de aquellos sectores medios, que concurren a la Universidad. Que buscan esencialmente un título profesional, y consecuentemente el prestigio social y los ingresos que proporciona ese título profesional. En definitiva, la orientación profesionalista es resultado de una demanda de la sociedad, y no de un proyecto deliberado de los cuerpos dirigentes universitarios de la época del centenario. Que sí son concientes de esos problemas, y tratan de revertirlos.

Esto me parece que es un sello característico de la Universidad, de toda la primera mitad del siglo XX.

Quisiera dejar de lado un momento estas cuestiones y pasar a analizar otros problemas, relacionados con la organización institucional. Señalaba antes que la ley de Avellaneda es el dispositivo legal, que establece una serie de criterios muy generales para la organización de la Universidad. Estos criterios se aplican a la conformación de los consejos académicos, que son los que gobiernan durante esta época las Facultades. El eje del sistema de gobierno está en esos consejos académicos. Yo entiendo que en este punto hay algunas cuestiones centrales, derivadas de esta ley y de los estatutos. En primer lugar, la dependencia del Poder Ejecutivo en lo que tiene que ver con la designación de los profesores titulares. Los profesores titulares son designados en la Universidad a partir de ternas que son aprobadas por los consejos académicos, y después por el Consejo Superior. Esas ternas son elevadas al Poder Ejecutivo, que es quien designa al profesor. Y la otra cuestión, que tal vez sea la más significativa: en este ordenamiento universitario, un tercio de los puestos en el Consejo Académico son ocupados por profesores de la Facultad. El resto pertenece a notables, a personas que no ejercen directamente la docencia en la Facultad. Hay que tener en cuenta que estos consejos académicos son vitalicios y se auto reclutan.

Esta idea de que el gobierno de la Universidad tiene que estar separado del cuerpo de profesores, que aparece con la ley Avellaneda, responde a una mentalidad fuertemente anti corporativa de los grupos

políticos dirigentes de la Argentina. El objetivo es que los intereses corporativos del cuerpo de profesores no predominen sobre los intereses más generales de la ciencia, de la educación y de la cultura. Entonces el otro gran movimiento que vive esta Universidad en los primeros años del siglo pasa por un sistema que procura progresivamente ceder a los protagonistas de la vida universitaria, profesores titulares, suplentes y estudiantes, el gobierno de las instituciones. Proceso que por otro lado me parece importante entenderlo en el marco más amplio de democratización que vive la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Se trata entonces de un movimiento que tiende a traspasar el control de las instituciones universitarias a quienes protagonizan esencialmente la vida académica. Se percibe entonces en Buenos Aires un proceso muy gradual, que culmina en la reforma universitaria, y que tiende a otorgar a los actores centrales de la vida académica el control de la Universidad.

Este es un proceso gradual, muy armónico, y muy distinto al de Córdoba, y que tiene etapas que habitualmente no se tienen en cuenta. Básicamente los movimientos universitarios de la primera década del siglo, 1905, 1906. Nosotros tenemos una visión de la reforma del 18 que está condicionada por la experiencia cordobesa, la experiencia de Buenos Aires es diferente, mucho más armónica, más gradual.

Si nos referimos entonces al impacto que tiene la Reforma en la UBA, es preciso destacar, esos procesos no se han estudiado en lo que tiene que ver con su impacto interno en la vida universitaria. La Reforma del 18 introduce dos o tres variables centrales en la vida universitaria, poco analizadas. En primer lugar lo que tiene que ver con la vida política en la Universidad, la introducción de una activa politización vinculada con el hecho de que ahora los representantes se van a poder elegir en asambleas de profesores titulares, suplentes y estudiantes, este es un primer aspecto. Crea una carrera académica en el ámbito de la Universidad, antes existían criterios muy estrictos de separación entre profesores titulares y profesores suplentes. La tercera cuestión radica en el peso institucional que procura darle a la investigación y a la práctica de la ciencia.

Algo que me parece muy claro también es que la Reforma introduce una coalición, en la cual los grupos profesionales, los representantes de las

corporaciones profesionales, van a tener un lugar central en el control de las instituciones académicas.

La otra cuestión importante acá es la compatibilidad que existe entre los procesos de transformación que introduce la Reforma en la Universidad y la situación política de la Argentina. La reforma Universitaria de la Argentina no requiere de una transformación del sistema político, es perfectamente compatible con el sistema político existente, lo que marca la diferencia con el impacto que tiene la reforma en otros países de América Latina, como el caso de Perú, donde el proceso de la reforma exige una transformación del sistema político. Uno de los problemas que tienen las lecturas contemporáneas de la Reforma es la proyección de la situación de los años 60 y 70 a 1918.

Este es un sistema en el cual la fuerza del consenso liberal, que es resultado de la falta de amenazas concretas a la hegemonía capitalista, en la Argentina, genera márgenes de pluralismo ideológico y de pluralismo político que son verdaderamente muy amplios.

¿Cuándo se modificó esa relación entre política y Universidad? Desde mi perspectiva, la transformación sustancial, radical, de esa relación entre política y Universidad, se da en 1945. Se da con el ascenso del peronismo al poder. Es cierto que el clima universitario de los años 30 es distinto, pero la Reforma instala una dirigencia, un sector dirigente, en la Universidad, que en verdad se va recién en 1945. Hasta esa fecha resiste, aunque evidentemente el clima ideológico y cultural se va modificando durante los treinta. El gran problema de 1945 en adelante es la imposibilidad de regular las relaciones entre política y Universidad. Y ese clima en realidad empieza a reconstruirse en forma un poco más armónica, recién a partir de 1983.

Patricio Garrahan: A mí me parece que el proceso que vos describís, se está desestructurando progresivamente en el área biomédica. Desde 1945 hasta ahora se ha vivido un progresivo abandono de la medicina de calidad y de la Facultad de Medicina. Esto corre paralelo a la progresiva decadencia de la salud pública argentina, y su creciente reemplazo por infinitas pequeñas instituciones de medicina que hay que pagar. En este contexto los médicos progresivamente se desplazan desde sus posiciones en los hospitales públicos, o concurren muy poco tiempo a ellos, y se trasladan a

los sectores privados tales como consultorios privados o instituciones de medicina prepaga. Dejan de convertirse en empleados del Estado, o en servidores de sus pacientes, y se convierten en empleados de instituciones cuya finalidad es hacer dinero con la medicina, entonces su la acción médica deja de ser lo que uno podría, románticamente, llamar hipocrática.

Como he dicho creo que esto corre en paralelo con la caída del sistema de salud pública, y con la desaparición de la inserción de la medicina real en la investigación biológica básica. La investigación biológica básica progresivamente deja de ser hecha por médicos y empieza a ser hecha por químicos y licenciados en Biología. Eso se puede ver mirando las estadísticas de los becarios del CONICET, la llamada Área Biomédica está manejada básicamente por químicos y biólogos. ¿Qué significa esto? Que hay un retiro, los médicos se alejan cada vez más de los fundamentos de su profesión. Y eso a su vez implica que el sector médico progresivamente depende, para su experticia, de lo que le cuentan las revistas. Y las revistas cuentan las enfermedades de los países ricos, y le dan escasa importancia a las enfermedades de los países pobres.

Y ahí para mí entra otra cuestión, que Pablo Buchbinder mencionó, que es la compartimentalización en Facultades con currícula rígidos, y la imposibilidad de establecer interacciones entre ellas. El argumento típico y sencillo que se da en Argentina, y por sencillo, falso, es que la enseñanza es mala, entonces los médicos son malos, y en consecuencia la medicina es mala, los médicos no saben curar. Cuando en realidad el 95% de la acción médica eficaz depende de un sistema de salud social que llegue a todos. Y eso no existe. Ese sistema debe tener un sustento que incluye desde la biología básica hasta los aspectos sociales de la medicina sanitaria que permita decidir cuáles son los problemas médicos de cada uno de los países. Y eso tampoco existe.

Entonces, ese pacto entre la corporación médica y la Facultad de Medicina, ahora Facultad de las Ciencias de la Salud, en general, se está rompiendo. Las corporaciones médicas se están yendo, y en este momento están surgiendo crecientemente pequeñas universidades privadas, caras, cuya finalidad es formar recursos humanos para las empresas de medicina prepaga.

Y mientras tanto, y este es el último punto que quería tocar, la sociedad sigue pensando que la finalidad de la Universidad es la formación profesional. Hay una encuesta del año 1990, creo que de Mora y Araujo, la hizo Jaim Etcheverry, en la que se le preguntó a la gente, entre una serie de opciones, cuáles son las funciones de la Universidad. Y sólo el 5% contesta que la función de la Universidad es crear conocimiento. Si el que contesta es un estudiante o graduado universitario, ese 5% sube al 7%. El resto contesta formar gente, formar caracteres, formar profesionales. Si uno ve el mensaje de los medios, éstos siempre consideraron a la Universidad como una formadora de profesionales. Es decir que la Universidad como espacio de libre debate de los problemas nacionales y su inserción en la realidad internacional, existe, pero en un nivel muchísimo menor del que debería existir.

Mederic Faivre: Es un placer muy grande escucharlos. Yo no sé en qué medida he podido reflexionar lo suficiente, a pesar de que es un tema que me apasiona. Algo que me parece que es un atraso evidente del conjunto de la Universidad de Buenos Aires, y que es muy claro en Arquitectura, es la incapacidad de cuantificar. Nosotros no podemos cuantificar. Esa imposibilidad de medir, de hablar de consecuencias – sólo podemos hablar de valores generales – creo que es un tema muy característico de la Universidad en su conjunto. Esto ha retrasado muchísimo a varias generaciones, ha retrasado la independencia intelectual que deberíamos haber tenido. Esta imposibilidad de medir creo que alcanza aún a las disciplinas de las ciencias duras. Cuando se las convoca y se les pide que cuantifiquen, proyecten, se introduzcan dentro del fenómeno social, es claro y evidente que no responden.

Primero digo que los arquitectos tenemos ese mismo problema, para que nadie interprete que uno se para desde una posición más favorable.

Lo que a mí me puede permitir hablar en esta mesa es distinguir la investigación de la docencia y de la extensión. Otra gran deuda que tiene la UBA, porque es claro que a través de su historia ha tenido una dificultad muy fuerte de comprender lo que es el proceso del peronismo – yo no quiero plantearlo como un enfrentamiento ideológico. Esto también demuestra la imposibilidad que tenía de poder pensar el país, la situación

que estaba viviendo. Porque cuando uno ve los nombres, las trayectorias personales, los tiempos que se perdieron con personas claves, que se fueron, que no pudieron volver, que no se pudieron insertar, no pudieron ser parte del país, ahí uno puede demostrar que toda la situación previa no había sido captada: no vieron hacia adónde iba el país. El peronismo los toma totalmente de sorpresa. ¿Cómo es que no comprendían qué era lo que pasaba en las clases populares, hacia adónde íbamos, cuáles eran las necesidades? Yo reflexioné bastante acerca de esto, con la moderación suficiente como para no dejarme llevar por ningún apresuramiento, pero me genera la duda de decir que hace mucho tiempo que la Universidad no piensa en el país dentro del que se desenvuelve, y yo no podría decir que hoy en día el futuro se está pensando dentro de la Universidad de Buenos Aires.

Podemos rastrear este tema históricamente, viendo como en determinado momento las mentes más interesantes se han sentido incluso agraviadas por cosas que podían estar ocurriendo en el panorama social y político, porque evidentemente no las habían estado percibiendo. Estaban en otra cosa. Y es clarísimo que estaban en una visión utilitarista de clase particular, y en todo caso, profesional, donde no se puede pensar que esa distracción provenga de otro ámbito. Lo que queda claro es que al período iluminista, la Universidad lo va reflejando, al liberalismo también la Universidad responde razonablemente bien, a esa etapa de la organización incluso nacional. El desarrollismo es el momento en que yo me sumo a la Universidad. Después me doy cuenta de que es el desarrollismo. Para mí era una maravilla poder visualizar la importancia que se le daba a las ciencias en un país como el nuestro. Yo también tenía un deslumbramiento por los científicos, hasta que después los fui conociendo en camiseta, y me di cuenta de que tienen fallas gravísimas de comprensión de la realidad y de desempeñarse como cualquier persona. Pero me llamaba muchísimo la atención la importancia que se le daba a la ciencia. De ahí surge Ciudad Universitaria, y demás, que para mí era un símbolo de lo que el país pensaba. Pero siempre me sorprendió, desde mi Facultad, la pobre investigación, la docencia relativamente adaptada al maquillaje de la época, y casi la nula extensión. Acusación que no se le podría hacer jamás a un médico. Porque mal o bien, desde cualquier período es evidente que si bien

ha tenido este desemboque trágico de que ahora las pequeñas universidades casi se hacen como clones de lo que se pretende que ocurra, los médicos en todo caso tuvieron un nivel de vinculación con la sociedad, y fueron testigos de períodos interesantísimos, actuaron como moderadores sociales. Tener alcance a la medicina era algo muy importante. Ahora que eso ha desaparecido, ahora que se retiró todo eso, uno se da cuenta del tremendo agujero. Y lo que Garrahan comentaba también se ve - de una forma menos dramática que en la medicina - en la Facultad de Arquitectura. Tiene muchísimo que ver con la destrucción, en este momento proliferan pequeñas universidades, o escuelas, o como se las quiera llamar. Lo grave del caso es que la acusación que hacen para poder fundar esas nuevas casas, es que creen que la Universidad de Buenos Aires no es suficientemente eficaz y que no se piensa el futuro. Lo increíble es que esa pregunta, en boca de cualquiera dispara de una forma distinta.

Los fenómenos sociales y ambientales, desde la Facultad de Arquitectura, casi no son percibidos en profundidad. No se medita verdaderamente sobre la gravedad de lo que significa la gran conurbación en que vivimos, teniendo la debilidad institucional que tenemos como país, la debilidad económica y social. ¿Cómo un país tan frágil puede colaborar a que sigamos generando una forma urbana que evidentemente colapsa todos los días? No es que va a colapsar. No la podemos organizar. Yo no noto un pensamiento sistemático desde la Universidad de Buenos Aires para reflexionar lo que es la conurbación en la que está inmersa. Porque es evidente que esta conurbación no tiene intencionalidad. Nosotros somos sorprendidos por los fenómenos. Y a mí me parece que si hay un rol de la Universidad es tener una mínima capacidad de anticipación. No le pido otra cosa. Lo que no puede ocurrir es que en determinado momento todo sea una sorpresa. Y que lo veamos tan claro con la clase dirigente, porque ahí es evidente que están en el ejercicio del poder, pero no podemos ver que eso pudo perfectamente haber sido un objeto de estudio, posiblemente desde una década antes de que los fenómenos se manifiesten.

Por el momento, es mi comentario. En el final, ¿Qué puedo yo decir? Que tengo un nivel de agradecimiento altísimo hacia la Universidad de Buenos Aires. Así como en determinado momento puedo hablar en un pequeño recorte de lo que me parece que les faltaría, en todo caso a

algunas Facultades, que es meditar sobre este fenómeno de la gran conurbación desde todas las ramas del conocimiento, también tengo un nivel de esperanza y de agradecimiento enorme, porque soy ese típico profesional que llegaron medianamente a poder percibir dónde vivían gracias a la Universidad de Buenos Aires. Yo salí de un colegio secundario que era casi un correccional de menores. Entonces se imaginarán lo que fue para mí llegar a la Universidad de Buenos Aires. Esto es algo que si uno no lo blanquea no se sabe de dónde viene. No sé cómo será la historia de ustedes. Para que no crean tampoco que era el correccional de menores, por ejemplo el Nacional Roca, de Belgrano. ¿Qué quiero decir? Esa institución, el colegio secundario, sigue en una crisis total, ahora vuelven todo atrás en Provincia de Buenos Aires. Pero la Universidad era una maravilla. Sobre todo cuando yo entré, en la década del 60. Y la verdad es que me gustaría muchísimo que vuelva a tener una presencia un poquito más importante. No sé si el que está arruinado soy yo, o en ese momento algunas cosas eran mejores.

Lucas Rubinich: Yo quiero hacer algunos comentarios en relación a las ciencias sociales dentro de la Universidad en los últimos años, sobre un fenómeno importante, que es el de la participación de las ciencias sociales en la construcción de una mirada sobre la Universidad. Básicamente hacia mediados de la década del 90, que tuvo un papel realmente significativo en la Argentina, en particular, y en América Latina en general.

Voy a decir una obviedad, pero hay un cambio de época. Y en un cambio de época siempre hay complicaciones para referirse a cuestiones relevantes culturalmente, se mezclan prácticas novedosas con ausencia de discursos que reflexionen sobre esas prácticas, viejos discursos que tratan de seguir diciendo algo sobre lo que está pasando y no pueden decirlo.

A nivel internacional las transformaciones del mundo universitario, aunque sean difíciles de comparar, también ocurren muchas veces producto de esta explosión en la década del 60 y 70 de la matrícula universitaria en todos lados, y de una necesidad de pensar qué se hace con estas universidades que son cosas muy grandes. Muchas veces uno se agarra de la soga que tiene más a mano, que es la del discurso de un pasado mejor, de un buen pasado. Quizás a veces ese discurso no nos permite ver bien

qué pasa. Para ponerlo en un ejemplo no nacional, a mí siempre me hizo mucha gracia una disputa que había habido sobre la Universidad de Londres, entre un viejo sociólogo llamado Ralph Dahrendorf, y su discípulo, el sociólogo Anthony Giddens, quien tuvo una presencia muy importante en la transformación del Partido Laborista. Giddens fue uno de los Directores de la London School of Economics. Y había producido una transformación, una oferta muy diversificada de espacios universitarios, que produjeron una reacción muy airada de este viejo hombre, que había llegado a ser un Lord inglés. Proviendo- no sé si de un correccional de menores- pero sí de una familia obrera de Hamburgo, las idas y vueltas lo llevan a ser un caballero inglés. Y construyó entonces una mirada muy desconfiada frente a lo que hacían los jóvenes con la Universidad. El mismo dice, en esta polémica a la que me refiero, con Giddens, "Yo nunca pude entender qué hacían esos muchachos en mayo del 68, pintando la Universidad, destruyendo bancos y armando lío. Porque yo quiero tanto a esa institución, a mí me costó tanto llegar, porque vengo de familia obrera, que cualquiera de este tipo de cosas me parece que es la destrucción del espacio del saber". El decía que Anthony Giddens había construido, en la London School of Economics una especie de supermercado universitario, una boutique de venta de distintas ofertas.

Quería mencionar esto por los líos que nos arman los cambios de época. En realidad sus críticas tenían un componente es un sentido muy conservador, porque la situación de la matrícula universitaria explotaba. Su crítica tenía algo que a mí me caía muy simpático, que es una mirada descalificadota de la mimetización de la Universidad con el mercado, y la pérdida de la institución central de la Universidad, que es la Universidad como productora de conocimiento, la autonomía de los poderes políticos, religiosos y económicos. Relativa autonomía, digamos, o por lo menos un lugar donde esa autonomía debería existir. Estas dos cosas estaban presentes en ese discurso.

Y muchas veces uno se encuentra hoy en estos espacios con una situación de mucha complejidad. Los discursos sobre el mundo universitario, después de finalizada la dictadura, durante la apertura democrática, siguieron sosteniendo con mucha fuerza ciertos elementos que particularmente reivindicó, de la Universidad abierta que trataba de pensar

que no había incompatibilidad entre masividad y calidad académica. Pero efectivamente ese es un problema. Uno tiene que encontrar maneras de resolver esa situación. Esa situación, creo, en algún sentido se resuelve de una manera complicada, porque las miradas que habían sido dinámicas en los 60 y 70 sobre el mundo de políticas universitarias no sabían que hacer con este mundo de reconstrucción democrática, o intentaban hacerlo de la mejor manera. Si uno quiere venirse más cerca, hay una crisis profunda en los grandes partidos nacionales. A eso se suman las grandes transformaciones ocurridas a nivel internacional, donde las miradas alternativas que habían tenido alguna presencia muy significativa en el mundo universitario culto también habían tenido un vuelco y habían quedado cabeza abajo. La caída del muro de Berlín es como un símbolo, la situación de crisis de las izquierdas, la situación de crisis de los partidos nacionales, dejan en una situación de fuerte desamparo lo que a veces resulta productivo, que es una tensión entre la política y la vida universitaria. Tensión en el sentido de preocupación por la cosa pública, en ese sentido la palabra política. Y creo que las transformaciones globales que ocurrieron a partir de la década del 90, la manera en que esto se produjo en el contexto argentino, dio como resultado que las políticas reales existentes para el mundo universitario sean políticas de organismos financieros internacionales. No por una cuestión conspirativa, es así. Las políticas más fuertes y más reales son estas políticas de organismos financieros internacionales. Que tuvieron una muy buena recepción, entre otras cosas porque fueron construidas de la mejor manera, y con sinceridad- esto no es un *talk show* de denuncias. En sociología uno siempre dice, coloquialmente, que las personas hacemos mucho más lo que podemos que lo que queremos. Las determinaciones sociales pesan sobre nosotros. Para mí era mucho más interesante hacer un estudio sobre compañeros míos, que tomaban café conmigo, personas muy queridas, que estaban trabajando y produciendo esas transformaciones de política universitaria sostenida por los organismos financieros internacionales, porque realmente era un desafío para evitar simplificaciones. No era ni siquiera mi adversario político el que producía la transformación que venía de los organismos financieros, y que tenía una impronta muy marcada por

esto que se llama neo conservadurismo. Pero como es una palabra que quizás ya no dice demasiado, me gustaría precisar un solo aspecto de esto.

Para decirlo sociológicamente, alguna vez un italiano contemporáneo preocupado por la sociología política, dijo "si hay una manera de diferenciar entre izquierdas y derechas, es una manera de pensar en la naturalización o no naturalización de los hechos sociales". La teoría sociológica clásica, cualquiera de ellas, va a pensar que los hechos sociales son productos histórico-culturales. Durkheim diría " hasta el espacio y el tiempo son productos histórico culturales", y la idea de la determinación de la acción social es un elemento fundamental de la teoría social clásica. Si uno ve la Escuela de Chicago en economía, si uno lee a Von Hayek, si uno mira muchos de los discursos contemporáneos, básicamente hay una mirada de una acción social no condicionada. Hay un individuo, en un espacio problemático y debe luchar por superar los obstáculos. Está el individuo solo frente al mundo. No el individuo como un producto histórico condicionado y terminado. Yo creo que esta mirada impregnó de la manera más compleja a distintos espacios. Y no sólo ciudadanos que profesan esa mirada fueron quienes que la sustentaron más orgánicamente, sino que también se constituyó en hegemónico. Muchas veces en ciencias sociales hablamos de hegemonía, y lo pensamos en términos abstractos. Decimos "¿Qué es una hegemonía real?". Y bueno, en este caso, cuando diversas identidades políticas, ideológicas y culturales pudieron decir más o menos lo mismo con distintas retóricas. Yo creo que este es un proceso realmente significativo. Los consultores del Banco Mundial que construyeron una mirada (Quizás sinceramente crítica ¿) sobre las universidades públicas tuvieron una influencia fuerte de esta mirada un tanto reduccionista. No pensaron en términos de grandes políticas. Sí, implementaron grandes políticas, pero no pensaron en términos de hechos sociales complejos, sino que pensaron en términos individualistas la realidad social.

Y para decirlo muy rápidamente, yo creo que la agenda de discusión del mundo universitario fue de pequeños problemas. Discutimos ingreso irrestricto, ingreso no irrestricto, discutimos pequeñas cosas y no discutimos grandes cuestiones, que tienen que ver con lo que se hablaba recién. Nosotros podemos pensar, qué me importa a mí el ingreso restricto o irrestricto, si yo no puedo pensar en función de un proyecto, que sea

parte de un debate público, acerca de qué queremos con la Universidad, qué queremos con la medicina pública, qué queremos con las ciencias duras, con las disciplinas profesionales. Si no podemos discutir en un espacio público ese tipo de cuestiones, cualquier de estas otras tiene un papel absolutamente secundario, no tiene sentido. ¿Por qué yo voy a restringir o no restringir el ingreso, si no tengo ese espacio de discusión? Por supuesto que si tengo un espacio de discusión, no me parece un problema central. Creo que una política pública, en el marco de una discusión democrática, puede proponerse cerrar el ingreso por tres años, en alguna carrera, o puede proponer fomentar la investigación en tal área, y becar a todos los estudiantes que sean necesarios para eso, y no becar a otras disciplinas. Yo creo que es el gran problema, y esa herencia de discusión fragmentada, parcial, de pequeñas cosas, en algún sentido se la debemos a las ciencias sociales, que construyeron esas miradas excesivamente reduccionistas. No lo digo conspirativamente, fueron parte de un clima de época, fueron parte de las políticas de organismos financieros que se impusieron como en ninguna época, sin mediaciones, a las políticas públicas nacionales. Creo que una de las características fundamentales de esas políticas, en las que intervinieron nuestros compañeros de ciencias sociales, tiene que ver con la mirada de lo pequeño. No hay un debate público sobre qué universidad necesita la República, sino en muchos casos preocupaciones simples por el mercado de trabajo. No hay una relación mimética entre la universidad y el mercado de trabajo. La paradoja es que cuando uno forma buenos profesionales, el mercado de trabajo, si es que existe, va a tener una buena recepción de esos profesionales. Pero nosotros en sociología siempre insistimos, con todos los problemas que tenemos, todas las dificultades, todos los resultados no demasiado buenos, en formar investigadores científicos, básicamente. Porque esto no es la Academia Pitman. Esta es la Universidad de Buenos Aires, y nuestro objetivo central es la formación de productores de conocimiento y de un espacio de producción de conocimiento. Claro que decir esto por ahí es muy retórico, y decirlo en un espacio puntual, en una situación de extrema fragmentación, quizás no significa nada. Lo que es importante es que uno pueda establecer lazos entre una comunidad universitaria que se ve afectada por estas miradas de recorridos individuales. Se habrán caído los paraguas trascendentes, y

cuando se caen los paraguas trascendentes los agentes sociales nos subimos a nuestro proyecto personal y hacemos lo que podemos, y sobrevivimos de la manera que podemos. Rearmar ciertas miradas trascendentes que no sean simples nostalgias de un pasado mejor es una responsabilidad política del mundo universitario. Yo coincido con esto que se dijo antes, respecto que la Universidad debería poder ser una voz pública, no simplemente una comentarista de cultura en el sentido más conservador y tradicional. No. Una voz pública polémica, que pueda decir qué pasa con el sistema de salud, qué pasa con las políticas sociales.

Como criaturas sociales que somos, estamos metidos en un lío muy grande. Como sociólogos podríamos mirar muchas de las cosas que se hacen en el Ministerio de Desarrollo Social, en el que muchos de nosotros trabajamos y podríamos decir que estamos teniendo una mirada también demasiado reduccionista. Una mirada de una impronta absolutamente tecnicista. Lo mejor de la teoría social es poder formular preguntas inteligentes sobre la sociedad. No dar respuesta a preguntas que formularon otros. Esa es la responsabilidad de la disciplina. A nosotros también nos pasa eso. Es un problema.

Patricio Garrahan: me gustaría hacer dos o tres comentarios a lo que decís, Lucas. Me parece que corremos el peligro de dar vueltas para mordernos la cola, cual perros que hacen eso. Porque sin duda, si no tenemos el más mínimo marco de contención interna es imposible pedirle a la Universidad que piense sobre los problemas generales. A mí me da la impresión de que la UBA, en particular, está muy en el límite entre estas dos cosas.

La segunda observación es no olvidar que en este momento nuestras ciencias biológicas han invadido de manera brutal las ciencias sociales. Las neurociencias, la biotecnología, los cultivos transgénicos. Por primera vez, en miles de miles de millones de años, algunos hombres y mujeres se han convertido en capaces de modificar algo que siempre hizo la selección natural, de modificar los genes. Y de imponerle a países como los nuestros esos genes modificados. Las neurociencias también, la capacidad que tienen las neurociencias de controlar personas... Por ejemplo, es muy grande la probabilidad muy inmediata de que uno pase cerca de un

bar y sienta el ruido de un chorro de agua, tintineando sobre unos cristales, en un día caluroso, y entre, sin darse cuenta de que todo eso se lo indujo alguna máquina que estaba puesta ahí. Por eso me parece que hay que aprender que para poder hacer en nuestras universidades lo que dice Lucas, tenemos que pensar en estructuras que lo permitan. Me pregunto, ¿es posible tener una Universidad representativa de sus miembros integrantes, de sus claustros, con una estructura tan extremadamente centralizada en el Consejo Superior? ¿No tendría que haber más capacidad de resolución a nivel de los Departamentos, por ejemplo, como sucede en casi todas las universidades?

Es posible pensar en esos problemas centrales, Argentina no tiene capacidad de hacer políticas públicas sobre asignación de recursos naturales, de sistemas biológicos, de biología marina, de contaminación, de calentamiento global, etc. Todas estas cosas requieren el pensamiento conjunto de muchas personas. Casi ninguna de las actividades científicas es la actividad solitaria de una persona, como lo fue durante siglos. Los Galileo no van a venir más. Tampoco los Leloir.

Y tercero, ¿es posible hacer eso, en un sistema como el nuestro, como la sociedad argentina, que continuamente pierde hacia el exterior un sector muy importante de sus jóvenes? Lucas dice, formamos buenos sociólogos. ¿Cuántos se van? ¿Por qué se van? Yo creo que en gran parte es por factores no manejables, porque tienen derecho a hacerlo, pero en gran parte también porque la estructura interna, que crea una gerontocracia donde no entra nadie, hace muy difícil que un joven con ideas de cambio pueda insertarse y sentirse cómodo en la Universidad.

Y finalmente, el asunto del ingreso irrestricto, hay una paradoja que me carcome y no sé cómo solucionarla. La educación universitaria gratuita en Argentina es una farsa. La educación gratuita significa que la persona que cursa una carrera está en condiciones de cubrir el lucro cesante, de no trabajar durante los 5, 6, 7, 8 años en que está cursando la carrera y de cubrir el costo del material didáctico, o de que su familia se lo cubra. En consecuencia la Universidad argentina tiene un poderoso incentivo a favor de la gente que está en condiciones de hacer eso. La educación gratuita es dar un sueldo al estudiante. Que todos los estudiantes reciban una cantidad de dinero que les permita vivir sin tener que trabajar. Hay algunas carreras

donde se puede trabajar, con grandes desventajas frente al que no lo tiene que hacer, pero hay otras carreras en que no. En Medicina, Física, en carreras muy difíciles, es imposible hacerlo. No se puede hacer, porque es demasiado complicada. No se puede trabajar en un banco y pensar en las ecuaciones de la mecánica cuántica. No se puede. Entonces hay que darle un sueldo. Al estilo de Austria, Dinamarca, países de ese tipo. Para mí, si uno va a dar un sueldo tiene que elegir, y eso te lleva al tema del ingreso. ¿Cómo hace? Entrás en el círculo vicioso. Y la imposibilidad de poner un sistema de ingreso acá es porque la educación secundaria no da una imagen que para nada refleja las capacidades de las personas de acceder a la Universidad. Capacidad es un término erróneo, porque implica una cosa innata, me refiero al grado de preparación de la persona.

Menciono todas estas cosas, porque coincidiendo con lo que se ha dicho acerca de los problemas generales. A mí me parece que para que esos problemas generales se puedan empezar a resolver son necesarios algunos instrumentos que nos están faltando.

Mederic Faivre: Yo intenté, a través de mi mención de lo que ocurre en el 45 y lo que está pasando ahora, decir que es un fenómeno que continúa idéntico, sin variación. Y el hecho de que seamos muchos no ha cambiado la capacidad de reflexión. Ha cambiado ciertos comportamientos de la Universidad, sin ninguna duda, creo que ha alimentado y ha mejorado algunos aspectos de nuestra sociedad, sin duda. Pero para mí no se han producido cambios esenciales. Lo que decía recién Garrahan, esos mismos argumentos son los que fundan pequeñas escuelas Pitman. Los que fundan pequeñas nuevas universidades se hacen las mismas preguntas que se hace Garrahan. Esto lo único que hace es sumarle todavía más complejidad, porque no es que viene desde una intención perversa, viene de cosas que todos sabemos, que la UBA se transformó en algo ingobernable. Creo que medir qué está pasando con las nuevas y pequeñas universidades del conurbano puede ayudar bastante. Todavía son difíciles de evaluar, porque son bastante recientes. Pero al haber cambiado de manera tan notable su composición, su localización, su organización, sería interesantísimo que se tuviera un método para poder evaluarlas, compararlas, medirlas. Quizás esto se pueda hacer después de unos años. Ayudaría a responder alguna de

las preguntas que se hacen. Yo, en particular, trabajo en la Universidad de Quilmes, como Arquitecto. Hace 14 años que trabajo en ese tema. Por un lado no siento ninguna responsabilidad desde lo académico, pero sí la fascinación de haber acompañado un organismo que nacía, tratando de ser lo más leal posible a que cada uno pueda desempeñar su actividad. Es bastante claro que en ese grupo humano, que no carece de ninguna manera de complejidad, que tiene sus buenos mambos, al cambiar de escala no sólo se facilitó el diálogo, se facilitó la distribución de los medios. Por ejemplo, la mayoría de las Facultades deben andar entre el 90 y el 95% de gastos comprometidos con sueldos. Eso no fue mencionado acá, pero para mí es el certificado de defunción de la UBA. Yo no le veo futuro. Porque resulta imposible mover partidas, o para mover partidas es imprescindible generar procesos de convulsión, que confunden toda la organización que puede llegar a tener una Facultad. Eso debería ser por una vía más natural. Porque la reorganización y la reordenación de partidas es lo que, pensado por un Consejo de una Facultad, pasado por un Departamento, alimentado por las necesidades reales, puede generar un cambio, desarrollar una línea de investigación, en vez de quedar en manos de los gerentes y todas esas cosas nefastas que todavía se pueden vivir en muchas Facultades. Ahí está la clave. Las personas que se desempeñan dentro de este monstruo que es la UBA - que tiene mucha jerarquía, porque sigue siendo la Universidad que más investiga, que más publica - cuando salen de la UBA y van hacia organismos más simples, se comportan de manera más elemental, pero pueden hacer sus vidas. Pueden ser parte incluso de fenómenos no individuales. Se juntan tres o cuatro de estas personas, arman algo un poco más orgánico y se escapan de esto.

Pablo Buchbinder: voy a hacer una serie muy breve de reflexiones. Salieron temas muy diversos en toda la discusión. Desde el punto de vista vinculado con mi formación, que me resulta imposible dejar de lado, son muchas las cosas que Faivre comentaba antes acerca de los problemas vinculados con el diseño de un proyecto para la Universidad, y qué tipo de cuestiones discutir, y yo pensaba en los debates sobre la Universidad en los años 60 y 70. Ahí estaba muy clara la relación que había entre un proyecto de Universidad, un proyecto de país y la necesidad de enmarcar la

transformación de la Universidad en un marco de transformación del país. Tenía un sentido muy distinto. El gran problema que tenemos en los 90 es la falta de rumbo en general, cuál va a ser el devenir o la posición de esta sociedad. Y me parece que la Universidad se enmarca en líneas generales en esa falta de proyecto más general. En la medida que no podamos discutir esas cuestiones más generales va a ser difícil plantear el problema de la Universidad.

Mederico Faivre: Muchas veces se idealiza lo que sucedió en esos años.

Pablo Buchbinder: A mí me parece que en el mundo había ciertas utopías que hoy ya no existen ¿En qué se transformaron esas utopías? ¿Cómo cambiamos el mundo? Uno se podía plantear y preguntarse por la Universidad desde un norte, un sentido. Uno podía enmarcar el problema de la Universidad en aspectos más generales de transformación del país. Hoy estos proyectos no existen. Me parece que hoy no existen. No es que tenga un juicio de valor.

Mederico Faivre: Yo comparto esto último, no quiero idealizar.

Pablo Buchbinder: Quería hacer otra reflexión sobre los problemas que aparecieron acá sobre la gerontocracia. Tenemos una agenda de discusión de problemas universitarios muy sesgadas por cuestiones economicistas. Muy vinculadas al tema del ingreso. Creo que hay otros temas que no discutimos, y que en algún momento habría que iniciar un debate con esto. Por ejemplo, respecto a los problemas de organización política de la Universidad. Respecto a cómo generamos mecanismos de participación más amplios. Si pensamos en el gobierno de la Universidad, en los sectores que tienen hoy el control de la Asamblea Universitaria, el Consejo Superior ¿cuán representativos son de los profesores, docentes, estudiantes?

Lucas Rubinich: Yo tengo un poco más de pesimismo que Faivre, respecto a la Universidad de Quilmes. Felizmente se crearon varias universidades del conurbano, muchas de ellas funcionan muy bien. Pero están inmersas en la época que estamos viviendo todos. También tienen sus problemas muy

importantes. Coincido con eso. No idealicemos el 60, no idealicemos a Quilmes, uno podría encontrar condensados mil problemas que hay en la UBA, que también aparecieron en ese espacio chiquitito, y explotaron de una manera muy significativa. Estamos en una época complicada, y el poder arribar por medio de un debate a la discusión sobre la estructura institucional a mí me parece fundamental. Cómo hacemos para pensar espacios que posibiliten mayor participación política, mayor desarrollo de la investigación. Eso es una discusión política. Por eso yo digo que ingreso irrestricto o restricto me parece secundario si no tengo un contexto más total para sostener esa discusión. Que entren todos, que no entre ninguno, que entren más o menos. No creo que ese sea el tema. Por eso, en función de las identidades, me refería a la anécdota de Dahrendorf. En una situación de cambio de época es muy difícil ver cómo se procesan estas identidades anteriores. El procesamiento de esta mirada sobre las políticas universitarias, en el sentido analítico de sociólogo, fue productiva. Fue un discurso que tuvo una impronta modernizadora, con una mirada fuertemente anclada en las miradas políticas internacionales del neoconservadurismo, y que se sostenía sobre una retórica de izquierda progresista con la cual era muy difícil disentir. Porque era un discurso complejo, un discurso de época productivo. Una cosa es el discurso conservador que dice solamente "Yo quiero la Universidad del 45", "Yo quiero la Universidad del 60", "Volvamos a". No se puede volver a. ¿Cómo se procesan esas identidades anteriores? ¿Cómo se procesa lo que fue un período de radicalización política de la década del 60? Una de las maneras de procesarlo fue ese espacio mínimo, acotado, en el que especialistas nacionales y latinoamericanos produjeron un discurso neoconservador realmente inteligente sobre la necesidad de transformación (de transformación regresiva diría yo) de la estructura universitaria. A mi modo de ver, los discursos "modernizadores" de los 90 pensaban de una forma retóricamente sofisticada una sociedad dual que no era la sociedad argentina. Porque hay historia que se debe considerar para el análisis social. Por más desestructurada que esté la sociedad argentina es posible explicarse por qué hay gente que proviniendo de secundarios tan desastrosos conserva expectativas culturales frente al mundo universitario, y cómo esas expectativas culturales lo plantan, de una u otra manera,

frente a la posibilidad de incorporar algún capital cultural mayor y relacionarse de una u otra manera con la Universidad. Esta discusión de los años 90 fue una discusión de científicos sociales con retórica progresista. Algo de lo que decía Patricio me parece destacable: ¿nosotros estamos engañando a los alumnos, los hacemos entrar a un espacio complejo, y en ese espacio complejo aquellos que tengan menos capital cultural serán los castigados.? No estoy de acuerdo. Es complicada esa discusión. El mundo urbano argentino de clase media que tiene relación con el mundo de la cultura es una franja muy amplia, que supera incluso las limitaciones de los colegios secundarios.

Buchbinder se retiró.

Pedro Krotsch: Reconozco en la explicación de Lucas sobre la Universidad latinoamericana lo que Bruner llamaría un tradicionalismo del tipo sociocultural. Este enfoque elabora explicaciones desde el mundo externo a la universidad, pero no advierte que las instituciones tienen también una historicidad, y una angustia, de alguna manera. Y da la impresión de que este discurso, desde afuera, todavía no recaptura en absoluto la historicidad de la UBA. La historia de la UBA tiene, marcas, espacios, donde esa memoria, ese proceso, y el discurso externo son procesados, de alguna manera. Es como una familia, uno puede tomar la familia y su contexto, el contexto del mundo. Pero ¿cómo da cuenta de la historicidad propia de una familia?. Yo me pregunto cómo incidieron el golpe del 76, la medicina, el Dr. Garrahan, los discursos de Shuberoff, la falta de una generación de actores dentro de la UBA. Acá hay una construcción histórica desde la institución, que me parece notablemente incapaz de dar cuenta de ello. Resolvemos el tema de los discursos externos, y queremos indagar en esas reglas, esas arterias ocultas de la UBA, para descubrir algo.

Mederico Faivre: para mí una de las esencias de la Universidad, una de sus mayores riquezas - casi es una irresponsabilidad de mi parte decirlo - es el nivel de caos existente. Es sorprendente cómo eso puede llegar a generar un fenómeno propio. Un fenómeno que también permite reflexionar sobre la ciudad, la conurbación. Eso existe también adentro de la UBA. Esa

situación complejamente indefinible, que hace que de pronto una conversación informal, eduque más que lo que un profesor puede decir. No es un fenómeno mecánico que si uno viene bien formado, supuestamente tiene ventajas adentro de la Universidad. Yo lo veo en mis alumnos. Nosotros operamos con materia y con conceptos, generando espacios, tenemos un mecanismo de aprender y enseñar que es colectivo en los talleres. Los alumnos vienen y opinan, y es muy común que un típico chico de clase media, muy viajado, un frecuentador de aeropuertos, satisfecho con todo tipo de tarjetas de crédito y demás, cuando tiene que dar su opinión personal tenga dificultades. En cambio tenemos alumnos que han visto el mundo solamente por televisión, y opinan y se expresan con riesgo y con nivel interesante. Entonces hay que tener cuidado en no interpretar mecánicamente. Estoy tratando de responder a la pregunta de Pedro, que me pareció muy buena, acerca de ese mundo interno de la Universidad.

La cuestión interesante que yo encontré y sigo encontrando en la Universidad, es la posibilidad de generar una mezcla riquísima de pensamientos contrapuestos, uno está inmerso en un organismo que no tiene ni forma ni final ni fondo. Eso a veces da vértigo, a veces da bronca, y uno vuelve. No existe otra institución que sea así. Con esta organización, que cada tanto proporciona gotitas de placer, y cada tanto uno dice “no puede ser que se repitan los mismos fenómenos de las instituciones de fútbol adentro de la Universidad”.

Sandra Carli: Hay una expresión que utiliza Francisco Naishtat, que es la de anarquía organizada. Esa mezcla de planos distintos y esta complejidad que al mismo tiempo genera algún tipo de organización.

Patricio Garrahan: Hay una frase de Gibbon, que dice que la buena educación sólo es útil para aquellos pocos privilegiados para los cuales es superflua. Es más o menos cierto. Pero la ventaja de la calidad de la educación es que reconoce a los buenos. Que reconoce el pibe que mencionaba Mederico y al pequeño burgués de la tarjeta de crédito, y selecciona al primero. Y esto es un factor de selección muy poderoso, que funciona específicamente dentro de la Universidad. Desde el punto de vista de la identidad no tenemos que ignorar que hay un posible escenario

terrible, que es que la universidad pública lentamente se transforme en lo que es la medicina pública y la educación primaria y secundaria pública. Instituciones a las cuales la gente, si tiene la posibilidad, intenta evitar. Eso es una realidad, en este momento la gente va al hospital porque no tiene más remedio. Y eso no es un fenómeno de organización política. Sacando el caso absolutamente anómalo de Estados Unidos (país que tiene pena de muerte, que mata gente, país que es una especie de Cuarto Reich, con Bush que a mí me llene de terror) el resto del mundo es así: en Inglaterra todo el mundo se atiende en el mismo lugar. Yo, a pesar de que vengo de una familia relativamente acomodada, profesionales, hice la escuela pública. Estuve en el Nacional Sarmiento. Y la pasé muy bien. No fue la San Andrés, o ese tipo de lugares. Esas escuelas hacen una selección sobre la base de criterios que nada tienen que ver con el intelectual. Tampoco hay que olvidar que hay problemas que son propios nuestros y de la región, que no nos lo va a solucionar nadie si no los solucionamos nosotros. Por ejemplo, América Latina es el principal reservorio de productos naturales del mundo. La mitad de los medicamentos del mundo todavía son productos naturales. Nosotros somos dueños de eso. Podemos hacer dos negocios, uno es vendérselos por cuatro mangos a unos empresarios que vengan a hacer la prospección o tratar de hacerlos nosotros. Y lo otro son las llamadas enfermedades tropicales, las enfermedades propias de la pobreza, como el paludismo, el Chagas, las enfermedades parasitarias. En el mundo no hay inversión, porque a la gente no le interesa. Yo estuve en un simposio en Brasil, sobre este tema. Fue un gerente de un laboratorio, que dijo "Si a nosotros no nos da limpios 50 millones de dólares por mes, no lo guardamos, aunque lo hayamos descubierto. Lo ponemos en el estante". Hablando de medicamentos para todas las enfermedades que matan a la gente en estos países. Más las enfermedades prevenibles. El otro día un señor escribió en La Nación una carta contra el Ministro de Salud, diciendo "¿Cómo el Ministro de Salud considera que la distribución gratuita de procedimientos anticonceptivos es un cuidado de la salud?", considerando eso una barbaridad. Obviamente es cuidar la salud, puesto que de esa manera se evita el embarazo adolescente, que es una de las causas de enfermedad más grande, más grave, que causa dolor, que arruina la vida de la gente. Este señor se sentó con una lapicera Parker a escribir, pero no

tiene la menor idea de en qué mundo vive. Ese es nuestro mundo. Hay una tendencia fuerte a decir que para qué lo vamos a hacer nosotros si lo pueden hacer mejor los de afuera. Pero no. Eso puede ser cierto respecto de algunas cosas, pero de otras cosas no, las tenemos que hacer nosotros. Los pequeños grupos que manda a sus chicos al colegio sacral, aprenden inglés, se van a hacer un MBA a Harvard, vuelven para acá, siguen así, y se convierten - discúlpenme el anacronismo - en lacayos del imperio, y así sigue la cosa.

Sandra Carli: Lucas, vos hiciste la relación entre la Universidad y algo así como la cultura pública en la Argentina.

Lucas Rubinich: Sí, usé ese término, que lo usan más los historiadores. Aún hoy, el problema para mí es importante. No digo que esto sea eterno. De la misma manera que hay tradiciones que hacen que un profesor emérito, muy prestigioso, siga dando clases en el grado, con nosotros, y esté contento, y todavía nos prestigia. En algún momento se va a cansar y se va a ir.

Patricio Garrahan: O la maestra que hace diez kilómetros a lomo de burro.

Lucas Rubinich: El ejemplo de Patricio es muy bueno. Algunos estudiantes de mi cátedra hicieron una investigación en la escuela primaria, y está la maestra con la idea de Educar al Soberano, y es un héroe. Pero en realidad las instituciones de la República no necesitan héroes, necesitan funcionarios. La señora esa es un héroe y entonces va contra todo y contra todos. Pero no son todos así. Cuatro de cada cinco dicen "¿Qué querés que haga con estos muchachos, que vienen con una navaja, con un 22 milímetros en la cintura? Yo los hago pasar de grado, porque tampoco voy a hacer que me cierren la escuela. Hacemos lo que podemos". Eso es una situación complicada. Pero aún en el marco de esa situación de extremo deterioro, a mí me llamó siempre la atención lo que sucede con los ingresantes. Creo que no es independiente de una historia de movilidad ascendente en la Argentina, donde todavía existen esas expectativas, de relación con lo cultural. Si se compara Argentina con Chile, la diferencia es flagrante. Un

compañero mío, un sociólogo chileno, estaba en la oficina de la Carrera de Sociología. Yo estaba firmándole cosas a una chica, que tiene la beca de estudios, esta que hay en la UBA. Y pensé: le voy a hacer una pregunta sociológica fundamental al colega chileno, para ver que piensa. Él estaba muy entusiasmado con la chica, porque resulta que la chica sabía jazz, y a él le gustaba el jazz, y entendía francés, entonces hablaban tres palabras en francés, la chica era linda, cosa que hacía más fuerte la preocupación de este compañero. Le pregunté "¿Cuál te parece que es la profesión de los padres de esta chica?". Y él, automáticamente asoció a lo que sería un sector alto o medio alto de su país. En este caso era exageradamente bajo, el hombre tenía una gomería en la Avenida Crovara, y vivía en los monoblock. Pero no es extraño, todavía - probablemente dentro de 5 años sí lo sea - que exista esa franja de sectores medios con expectativas culturales. Porque además, si medimos en términos de ingreso, una persona que vive en Barrio Norte, en un departamento de dos ambientes, y paga una hipoteca de 700 pesos, es un rico, y es el hijo del gallego almacenero que vivía en Mataderos y lo hizo estudiar la carrera de Química. Esa situación de la sociedad argentina es muy diferente a la chilena, por ejemplo. Uno debería considerarlo cuando piensa esto en términos de "No, no tiene capital cultural – sin averiguar qué es eso -, entonces no debería ingresar". Hay que hacer pruebas.

Patricio Garrahan: Eso pertenece a los secretos de la corporación, nosotros ganamos poco porque vivimos en un país más igualitario. Nosotros estamos en un país dividido, pero los brasileños y los chilenos hace tiempo que están así divididos, y los profesores universitarios se quedaron del mismo lado del abismo que los ricos.

Mederico Faivre: Tanto es así que en esas sociedades ya no se discuten esas cosas. Nosotros estamos discutiendo, acá, todavía, pero en esas sociedades ya no se discute.

Patricio Garrahan: Son profesores que se jubilan a los 24 años, con el sueldo entero, pueden volver a concursar y sumar la jubilación entera a un nuevo sueldo, son todos privilegios que inclusive son inaceptables desde el

punto de vista de un país avanzado. No se los aceptarían en un país avanzado. Lo que sucedió en Venezuela. En la Venezuela de 4 bolívares por dólar, de la segunda mitad de los 70, los profesores ganaban más que en cualquier lugar del mundo. Con un sueldo te comprabas un auto. Y estaba ese programa, el Gran Mariscal de Ayacucho, que dio 15.000 becas al exterior, de las cuales no salió nada. Habrán salido cuatro científicos reconocidos. Nosotros acá damos 225 becas de estudio.

Lucas Rubinich: eso no quiere decir que haya que tener una mirada tonta e ingenua y decir que la situación esté bien. Está muy mal.

Patricio Garrahan: Las pequeñas universidades son una solución. La UBA tiene un peso de tradiciones, usos y costumbres demasiado gigantesco. Yo dirijo el Instituto de Química y Físicoquímica Biológicas. Es imposible conseguir que una persona se mude de un cuarto. Por las decenarias tradiciones de esa persona. Entonces sí uno piensa en las centenarias tradiciones de la UBA, cualquier cambio es imposible. Excepto en estos períodos que mencionaba Lucas, donde de golpe se produce una situación social que favorece el cambio. Estamos en un período de cambio, pero donde la Universidad es totalmente pasiva frente a ese cambio. No está haciendo nada. Está tratando de aguantar el chubasco.

Lucas Rubinich: A mí me interesó tu periodización, Patricio, porque en realidad no es la mítica periodización. Dijiste, hay un deterioro de la salud pública, que tiene que ver con el deterioro del mundo de la medicina pública, que empieza en el 55.

Patricio Garrahan: Yo no hago medicina, yo hago investigación básica. Transporte de sales a través de membranas biológicas. Tiene mucho que ver con la medicina, pero no veo pacientes. La señora que trabaja en casa me dice que la hija se tiene que operar de vesícula. Yo le dije “Ah, pero ahora es muy fácil, porque se opera con una fibra óptica” – “Ah, no, eso cuesta mil pesos. Para ser gratis es con cuchillo”. Eso me parece una anécdota pavorosa.

Sandra Carli: Retomando lo que Faivre planteaba, pensaba en esto de preguntarnos por la relación entre pasado, presente y futuro. Vos hablabas de la capacidad de la Universidad para anticipar, y al mismo tiempo para tener mirada en perspectiva del pasado, que a veces se idealiza. Sería interesante ver cómo uno podría pensar este momento presente, desde una lectura que sea histórica, también.

Mederico Faivre: Yo pienso en esto, a ver si hay algún rasgo de anticipación. En la Europa anterior a la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, las universidades, ¿qué rol tuvieron? Las grandes universidades europeas ¿generaron la capacidad de anticipación, cumplieron con algún rol, o simplemente también fueron sorprendidas por los fenómenos de la historia? Esto lo digo porque estoy convencido de que dentro de la Universidad no se está escribiendo el futuro porque hay dificultades para percibir el presente. Esto es clarísimo. Y es evidente que en esta situación forzada que estamos viviendo, el mercado está marcando el futuro. Es más, en este momento dice también cómo hay que preparar a los universitarios para que respondan al futuro de ellos, entre comillas. Y también es clarísimo que el mercado es capaz de matarse a sí mismo. Cosa que sabemos todos, porque vivimos en Argentina y sabemos que es una manera de organizar la sociedad que puede ser absolutamente antropófaga. Si uno no puede anticiparse a nada, ¿qué deberíamos hacer dentro de las universidades para periódicamente tener nuestra manera de colaborar? De poner nuestro granito de arena, de decir por ejemplo: "vamos en dirección de colisión". O no: "Vamos a atenuar la colisión?" Porque yo creo que esto es lo que se espera en estos tiempos. Por ejemplo, a mí me sorprendió muchísimo cuando se inundó Santa Fe. Es un caso extremo, pero las universidades, que sabían positivamente que hechos así habían ocurrido, ¿cómo no tuvieron la capacidad de poder señalarlo? Tenían ingenieros hidráulicos, que sabían que eso había ocurrido antes, cómo eran los ciclos históricos, cómo había que hacer mantenimiento, qué había ocurrido en otro lugar. Y todo esto no se manifiesta. Entonces si yo puedo tomar momentáneamente el rol de un ciudadano que mira estas organizaciones, me pregunto: "¿Qué me dan?". Para mí es evidente que me lo dan a través de un proceso completamente indirecto, mucho más largo, del cual no

solamente no descreo sino que dije que soy producto de él. Yo no deseo ninguna situación inmediata, pero deseo que la Universidad demuestre la capacidad que tiene de pensarse, la capacidad que tiene para pensar el futuro, la capacidad de poder medianamente mejorar un mundo, que - ahora es más claro que nunca - necesita de anticipación. Por la velocidad que han tomado los acontecimientos.

Patricio Garrahan: Son muy pocos los países estables. Si uno mira Europa occidental, los países estables - es decir, que no pasaron por cataclismos infernales - son Inglaterra, Francia (si nos olvidamos de Vichy, cosa que no es fácil), y los pequeños países escandinavos, y Holanda, a lo mejor, y nada más. Yo creo que en Inglaterra eso funciona de una manera algo implícita, en el sentido que toda la infraestructura del funcionariado alto, técnico, sale de las universidades imbuido de un cierto espíritu más o menos común, propio de estas universidades, y que exige un mecanismo de consulta. Quizás los funcionarios políticos más destacados no, pero el funcionariado alto lo hace. Acá no se consulta a las universidades. ¿Hubo alguna vez alguna consulta a las universidades, de la Secretaría de Recursos Naturales, acerca de cómo hacer los contratos pesqueros, o algo así? No hay. No hay consulta pública. En general se les pide a las universidad que generen innovaciones de valor económico, que sirvan al sector privado. Las universidades además tienen que servir crecientemente a la definición de políticas públicas, que requiere conocimientos especializados, y para aquellas políticas públicas que no sirvan a intereses sectoriales tienen que tener decisiones relativamente independientes. Las universidades deberían poder proveerlas. Lo que digo es que estoy de acuerdo con lo que dice Mederico, pero también tendríamos que conseguir del lado demandante que aparezca la demanda. El Plan Fénix es un ejemplo espectacular. Los funcionarios no lo consideran para sus decisiones. Yo no sé si el Plan Fénix es bueno, malo o regular. Pero un enorme grupo de economistas, universitarios, se reúne, hace una propuesta económica, y no le llevan el apunte, ni el más mínimo, como si no existiera. Yo jamás he oído a ningún funcionario de economía de ningún gobierno decir la palabra "Fénix", excepto cuando se refiere a la Phoenix Corporation que produce medicamentos. Hay una especie de desacople característico de la Argentina,

nosotros vamos por un lado, el gobierno va por otro, no interactuamos, entre el saber y el poder no hay relación.

Lucas Rubinich: Pero también es cierto que hay un problema de deterioro institucional, en la investigación por ejemplo, de cierta pérdida de autonomía. Es verdad que cuando uno tiene una comunidad académica de investigación fuerte, puede plantearse la discusión de la agenda académica internacional. No quiero ser chauvinista ni decir que la discusión se deba cerrar en lo local, pero sí plantear el debate sobre qué es prioritario o no es prioritario investigar. Cuando uno tiene instituciones tan débiles, se sube al colectivo que pasa. Y en realidad lo que ocurre con muchas de las situaciones objetivas de investigación - yo conozco más un espacio, pero creo que será en muchos lugares igual - es que la gente se sube al colectivo que pasa, y los colectivos que pasan vienen de cómo se armaron las agendas de investigación internacionales. Que no necesariamente responden a problemas que tenga esta sociedad. Esto no quiere decir que nosotros vamos a inventar la ciencia nacional y popular. No. Quiere decir que problematicemos la agenda, y que es necesaria una discusión política. A mí me parece que es una responsabilidad pública de los investigadores y de los políticos.

Yo creo que el problema del presupuesto universitario debería aparecer como secundario, porque la discusión sobre estos problemas es fundamental. Cómo canalizamos el presupuesto, hacia qué. Hay diferencias presupuestaria extraordinarias con universidades a nivel mundial. Por ejemplo, la UBA tiene 110 millones de dólares por año la UBA, la UNAM tiene 1.110 millones. Es demasiado grande la diferencia. Es cierto que quizás no han surgido planteos públicos que permitan evidenciar más crudamente la dimensión del problema. Porque este no es un problema sindical, de bolsillo del profesor. Es un problema de la República.

Patricio Garrahan: Es el mismo problema que destruyó la educación media y que destruyó la salud pública. Tenemos un cierto monopolio de captación de señales, que nos permite sobrevivir. Pero ya se va a acabar también.

Mederico Faivre: Para mí, la imposibilidad que tiene la Universidad, es que no nos podemos escuchar.

Patricio Garrahan: Eso es verdad, es complicado.

Mederico Faivre: La práctica habitual es no escuchar. No sólo es la oposición, sino la destrucción del discurso del oponente. Eso está en la estructura misma.

Lucas Rubinich: Nosotros en la Facultad de Ciencias Sociales hicimos un esfuerzo especial en este sentido. Este problema también tiene que ver con el deterioro y la crisis de identidades políticas, la crisis institucional. La gente se agarra del pequeño grupo y trata de sobrevivir en una guerra de todos contra todos. Esa es la situación más catastrófica. Yo creo que es una explicación con crisis de identidades, crisis institucionales, etc. Finalmente, uno se pone contento con muy poco. El otro día yo le decía al Decano, Federico Schuster: "La verdad es que estamos bien. Yo soy oposición tuya, yo vengo acá, me siento, y te digo que voy a ser oposición si no nos ponemos de acuerdo en proyectos. Si acordamos proyectos, coincidiremos, pero si no, voy a ser una oposición racional, pero estoy charlando con vos. A esta altura del partido, esto ya es un triunfo. Porque en algunos lugares se tirotean, no se saludan..."

Mederico Faivre: El tiro puede ser hasta anecdótico. Cuando el tiro se define a sí mismo, podés salir del tiro. Pero cuando vos no escuchás al otro, no se sabe que no lo estás escuchando. O sea, los procesos tienen un nivel de enfermedad mucho mayor que el de los tiros.

Sandra Carli: También se puede pensar que si no hay la construcción de una voz pública es porque previamente tendría que haber una voz institucional hacia adentro más construida.

Lucas Rubinich: Son paradojas. Yo puedo discutir con todos los militantes todos los días -aclaro, que discutir supone reivindicar como elemento fundamental de la institución universitaria pública, la participación política .

Pero todos somos también el resultado de la crisis de los partidos más generales. En momentos de mayor fragmentación de la comunidad universitaria se puede imaginar una situación exagerada en la que como sector más activo de la política universitaria estamos ahí solos, peleándonos con el Grupo A con el Grupo C con el Grupo E, los representados nos ignoran absolutamente, pero de vez en cuando van y nos votan. Gana alguno, los otros se pelean todos con todos, y se autonomiza la clase política de sus representados, tanto que pueden hacer cosas que nadie va a venir a reclamarles. Esa autonomización no es demasiado distinta a lo que ocurre en otros espacios de la sociedad.

Mederic Faivre: Otro ejemplo es el de los medios de comunicación. El fenómeno de internet, ¿lo tenemos comprendido nosotros? Yo creo que las nuevas generaciones tienen la esperanza de poder suprimir ciertos tipos de fenómenos a los que la universidad obliga. Hay una esperanza en todo eso que hace que se esté gastando como a cuenta de eso, anticipadamente. Yo no sé si eso se está discutiendo. Me gustaría saberlo.

Patricio Garrahan: Yo creo que no. Creo que el Consejo Superior de la UBA no entiende el significado del acceso a la información. No ve. El acceso que tiene un miembro de cualquier universidad comparado con el que tenemos nosotros, es muy pobre. Y eso no es caro, eso se puede. Eso está dentro del presupuesto. Es una decisión política. Entonces porque a alguien se le ocurre que esto es una pavada le pone un freno a todo.

Lucas Rubinich: Uno puede hacer cosas en función de eso, que dinamizan la tarea. Yo tengo una revista con dos muchachos que están en Nueva York, otro está en París, y armamos todo a través de internet.

Patricio Garrahan: Yo creo que ninguna Facultad, algunos Institutos – por cierto no el mío – tienen banda ancha.

Mederic Faivre: Nosotros, para generar belleza, mejorar los ámbitos, ayudar a la vida, que es nuestra tarea como arquitectos, en la Universidad de Quilmes diseñamos circulaciones que son inéditas, enormes, para que

los estudiantes puedan disponer de mesas. Esto genera un espacio universitario diferente. En honor a la verdad, no es que se nos haya ocurrido, surgió casi naturalmente y nosotros en seguida nos dimos cuenta y lo favorecimos. En la Universidad de Buenos Aires yo no he visto iniciativas tendientes a que el alumno permanezca más tiempo en un edificio universitario - considerando también la envergadura del deterioro de las casas en que habitan. Esto se favorecería diseñando lugares felices, atractivos, facilitando el acceso al equipamiento informático. No estoy poniendo ningún ejemplo, pero ahí se mezcla el nivel de observación, la tarea personal, el querer ayudar a que las situaciones mejoren.

Patricio Garrahan: Yo conozco gente que salió de la UBA, con cargos de muy bajo nivel, y en la Universidad de Quilmes está tres o cuatro veces mejor. Es una salida, lo que pasa es que es poco.

Mederico Faivre: Ahí hicieron la reforma educativa, por lo que yo conozco creo que tiene entre el 25 y el 30% de presupuesto libre para poder moverse y reorganizarse. Y eso es clave. En la Universidad de Quilmes nosotros tuvimos una gran ventaja: nos dieron tiempo. Nosotros como arquitectos no inventamos, nosotros observamos. Nos comportamos de otra forma. Y creo que llegamos a grados de dignidad muy altos. Tuvimos 10 a 12 años para realizar nuestra tarea, y pudimos ir ajustándola. Uno hace su propia autopsia, y va corrigiendo su tarea profesional.

Lucas Rubinich: Nosotros compramos un espacio para hacer un edificio nuevo para la Facultad de Ciencias Sociales. Y esto da una idea del grado de incomunicación de las Facultades de la UBA: nosotros tenemos los mejores arquitectos en la Facultad de Arquitectura, podríamos haber encontrado la manera de hacer un concurso público, con imaginación, construir un edificio que piense la complejidad contemporánea. Pero no. Lo va a construir la Arquitecta de Rectorado. Yo no la conozco, seguramente sea buena, pero no es la forma de hacer las cosas.

Sandra Carli: Les agradecemos la presencia y el intercambio.